

# PRELUDIOS

Organo publicado mensualmente por los años superiores del Instituto Nacional.

LUIS A. PONCE

DIRECTORES:

JORGE A. PRIETO

## SUMARIO

MATEO ETUROPALDI por Felipe Juan Escobar . . . . .	1
MOLIBDI Y "EL TARDUO" por Jorge A. Prieto . . . . .	3
IDIÓ T'UENO por Luis A. Ponce C. . . . .	8
LA FOLLE PANAMEÑA por Gil Tapla . . . . .	13
NOTAS DIVERSAS . . . . .	16

## CONDICIONES

*La revista PRELUDIOS  
hará conocer todo libro que  
con tal fin se le dirija.—*

*Desca tener canjes con  
otras revistas tanto nacio-  
nales como extranjeras.*

*Estos canjes serán servi-  
dos con toda rigurosidad.—*

*Accepta colaboración veni-  
da de fuera solamente si  
trata sobre Instrucción*

*Pública; y suplica encare-  
cidamente a todos los Di-  
rectores de escuelas se sir-  
van remitirle noticias del  
Ramo. Esta colaboración*

*ha de ser inédita.—Circu-  
lará mensualmente.— La  
suscripción trimestral a*

*esta revista valdrá B.O,50.*

*La correspondencia se di-  
rigirá al Redactor interno,  
señor Gil Tapia, Instituto  
Nacional de Panamá.*

Panamá, 31 de Octubre de 1916.

AÑO  
I



# PRELUDIOS

Organo publicado mensualmente por los años superiores del  
Instituto Nacional.

NUM.  
6



LUIS A. PONCE

DIRECTORES:

JORGE A. PRIETO

## MATEO ITURRALDE

Eran los tiempos en que en los ardientes pechos de nuestros primeros próceres bullía la idea de sacudir el yugo que oprimía la frente del Istmo de Panamá, y era impuesto por los conquistadores ibéricos, cuando un niño saludó por primera vez la luz del sol: era el 21 de septiembre de 1821 y el niño, el que fué después el perillustre doctor don Mateo Iturralde.

Hijo del peninsular Tomás de Iturralde y la señora Aquilina de la Vega, heredó de su padre el alto concepto del honor, el sentimiento caballeresco característico de los españoles y una modestia propia de los genios.

Nacido en un ambiente en el que la libertad iluminaba con sus brillantes rayos todos los antros de nuestro Istmo, se empapó su cerebro en el licor de la democracia y se templó su alma en la fragua de los republicanos.

A los pocos años de edad perdió a su padre y su madre sufría una grave enfermedad, a causa de lo que su tía, Manuela de Iturralde, se encargó de él durante sus primeros años: golpe asaz dolo-

roso para quien empieza a abrirse camino por la vida. Esta virtuosa matrona prodigó a su sobrino las primeras nociones de educación; lo colocó después en el colegio de San Diego de Panamá, en donde estudió entre otras cosas la Gramática Castellana y algunas lenguas.

Entonces es de admirarse el espíritu elevado y emprendedor de Mateo Iturralde que, dedicándose con fervor inusitado al estudio, logra adquirir antes de los 17 años la Cátedra de Gramática Castellana en el mencionado colegio.

Toda su juventud y aún toda su vida fue una lucha constante con la fortuna, que nunca quería recibir en su regazo a nuestro ilustre compatriota. Llegó a tal punto su desgracia que tuvo que emplearse de dependiente en un establecimiento comercial; mas de allí, levanta el águila su atrevida vuelo y va a caer a Guayaquil, donde por medio de distinguidísimos personajes logra obtener la Cátedra de Latín en uno de sus colegios, y trabajando y estudiando, consiguió al volver a

Panamá poseer ya el grado de Doctor en Medicina y algunas nociones de Jurisprudencia que más tarde ensanchó.

Era médico; pero no se sirvió de su profesión para explotar la bolsa de sus conciudadanos, no; aplicaba sus conocimientos en favor de los necesitados; cada pobre cada menesteroso, cada enfermo, encontraba en él un corazón sensible a sus desgracias y una mano caritativa que repartía pródiga su escaso tesoro en pro de sus necesidades: por eso era llamado el «Médico del Pueblo», título honroso que condensaba en sí toda la gratitud de un pueblo agradecido.

Entonces la esquivada fortuna se dignó hacerle una caricia, y arrebatado en alas del merecimiento, llegó a ser Diputado, Senador, Secretario de Estado y Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, sucesivamente. Como Diputado y Senador se distinguió por lo vibrante de su voz y por lo persuasivo de su lógica; como Magistrado brilló por lo justo de sus fallos basados todos en el dictamen de la justicia.

Tantas y tantas ocasiones como se le presentaron para enriquecerse sin comprometer su dignidad personal, fueron rechazadas por la noble alma de Iturralde por decirle su conciencia que eran ilícitos los medios de los cuales se serviría. Eso es honradez! Era pobre, pero prefería casi una excesiva estrechez a mancillar su conciencia con un acto reprochable ante los ojos de la humanidad entera.

Otra de las virtudes de que podía hacer ostentación el doctor Iturralde era un patriotismo fer-

viente, que a veces se manifestaba en él cuando soldado, en denotado valor y desprecio a la muerte; y otras cuando orador, como una suprema inspiración que le hacía condensar en una frase toda la exaltación de su alma.

Puede citarse como ejemplo de esta segunda clase de manifestación de su patriotismo, la escena en el Congreso de 1867: tratándose de la venta de las «Reservas del Ferrocarril de Panamá», Iturralde fue uno de los pocos que se opusieron más calurosamente a la realización de dicha venta y en un raptó de ardoroso patriotismo, exclamó como exclamara Extentor, soldado griego: «*Señores, yo no vendo mi patria*» frase que resume todo el alma de un verdadero patriota.

Muchas veces tratándose de defender las ideas de su partido y el bienestar de sus conciudadanos, trueca la toga de Senador por la casaca militar, y exponiendo su vida en los campos de batalla, llega a ser de simple Coronel Jefe de Estado Mayor en tiempos de la revolución de 1876.

También fue Iturralde insigno orador y su verbo sonoro saltó espontáneo y fluído trasladando a su auditorio todo el fuego que poseía su espíritu: pero cuando su cerebro se empapaba en los vapores del licor, mandábase su musa inspiración inusitada y entonces eran más elegantes sus frases, más persuasiva su lógica y más acertadas sus razones. Entonces dejaba perplejos a sus amigos que oían de su boca exhalaciones patrióticas de un verdadero patriota, mostrándoles en sus improvisaciones tener muchas buenas dotes de orador.

En casi todas las solemnidades se veía subir a la tribuna la gallarda figura de Iturralde entre los aplausos de la multitud que lo aclamaba; sirva de ejemplo el día del sepelio del General Fernando Ponce en donde él se reveló como un elocuente orador.

Vivió, y murió pobre, sirvió a su patria con un desinterés que lo hizo famoso; fue para sus amigos fidelísimo confidente, un cariñoso padre para sus hijos y un amante esposo para su querida Francisca Soto.

Murió este estimable ciudadano el 22 de julio de 1895 y causó su muerte una conmoción espiritual en el pueblo panameño, que manifestó su sentimiento acom-

pañándolo hasta la última morada en religiosa procesión; dirigiendo unas cuantas frases de dolor ante su tumba misma y publicando en periódicos y folletos necrologías y memorias en honor al «Médico del Pueblo».

Pocas personalidades se encuentran en los anales de nuestra historia que hayan reunido como Iturralde tantas virtudes y tan pocos defectos; por eso todos los panameños debemos recordar su nombre con veneración, y entonar desde el fondo de nuestros corazones un ígloga al insigne patriota doctor don Mateo Iturralde!

FELIPE JUAN ESCOBAR.

---

## MOLIERE Y "EL TARTUFO"

Al Dr. Manuel Patiño  
Profesor ínto de Francés  
respetuosamente.

### I

Extraña cosa es, a la verdad, el que escritores de escaso valor, como son todos los que preludian, se entreguen a la tarea, en cierto modo divertida y no exenta de audacia, de lanzar juicios sobre obras clásicas de autores no menos clásicos; y de extraño calificamos el asunto porque, en nuestro concepto, deberían comenzar por lo más fácil, esto es, por aquéllas de no difícil acceso a jóvenes de conocimientos mediores y cuyo estudio entrañase menos pretensión en los que a hacerlo se dediquen.

Todo lo dicho no es óbice, sin embargo, para hacernos desistir de nuestro propósito, cual es el de emitir una humilde opinión sobre la mejor comedia del Teatro Francés, reputada por algunos como el non plus ultra del arte cómico mundial.

Conocida de todos es la personalidad de Juan Bautista Poquelin; su vida agitada, las infidelidades de su mujer, el furor con que se vio atacado por sus enemigos y los favores de que constantemente le hicieron objeto el rey y la corte, todo contribuye a formarnos al rededor del gran cómico y autor ese ambiente de novela, a que tan dada es la imaginación cuando de la vida de grandes hombres se trata.

Pero si la persona del escritor interesa sobre manera, un más real y positivo interés despiertan sus concepciones magistrales, igualadas por pocos, superadas por nadie. No todas sus comedias, es verdad, son dignas de su genio; algunas, sobre todo las primeras, son de escaso valor literario; pero ya en ellas se vislumbra ese espíritu de observación paciente y frío, ese conocimiento profundo del medio ambiente en que se movía, de que más tarde le vemos hacer gala en sus obras maestras.

Pintar el espíritu humano, dice La Harpe, ha sido el arte de Molière; y, en efecto, tal parece ser la característica principal de su obra, en el que actúan permanentemente no dudosa realidad, que siempre no es difícil suponer que él mismo tiene presente cuadro social de su época, no hace otra cosa que trasladarlos de la sociedad a la escena, con los cambios de rigor. Y es acaso por esto por lo que las producciones del gran poeta cómico no pasarán nunca de moda; su espíritu y sus obras vivirán con los siglos, presentes siempre, sin envejecer jamás.

No es nuestra intención hacer una apología del autor de «El Misántropo», por cuanto ello requeriría saber y conocimientos de que en absoluto carecemos; nos limitaremos tan sólo a emitir una tan breve como superficial opinión acerca de su «Impositor o Tartufo», motivada por la admiración que inspira a los pequeños el genio de los grandes, como también en virtud de la agradable impresión que nos ha brindado la lectura de la pieza

mencionada, cuyo autor, repetimos con un crítico francés, mientras más se le estudia, más es digno de ser admirado.

Como ya queda dicho, «El Tartufo» es, de todas las producciones del gran Molière, aquélla en que más sobresale su genio crítico y su viva imaginación de poeta.

La naturaleza y carácter de la pieza mencionada, que ridiculizaba y exponía ante los ojos del público, con claridad meridiana, vicios tan ocultos como odiosos, fueron causa más que suficiente para que la obra gigantesca de Molière se viera anatematizada y atacada, en nombre de la religión y de falsos convencionalismos sociales, por la pléyade de devotos hipócritas, entonces como hoy numerosa, cuyo único oficio parece ser el de ostentar una fe que no tienen, pero que a sus claudicaciones y propósitos bastardos sirve a maravilla.

Brillante defensa hace el autor de su obra en la introducción a la misma, si bien que ella no fue suficiente para la cesación de las hostilidades, porque, lo expresa el mismo Molière, puede uno tolerar el ser tenido por malvado o perverso, pero jamás el ser expuesto al ridículo de los demás. Empero, y a pesar de haber sido representado en un medio hostil, «El Tartufo» obtuvo un éxito ruidoso debido en gran parte, más que a los méritos intrínsecos de la obra cuya belleza no podía apreciar la mediocridad popular, a la benévola acogida que le dispensaron Luis XIV y su Corte.

Molière divide su comedia en cinco actos, pero no es sino en el

tercero cuando el personaje principal, Tartufo, hace su aparición por vez primera; los dos primeros actos constituyen, pues, la exposición de la pieza y sirven para preparar debidamente al expectador la aparición del impostor. Es éste la personificación odiosa de la hipocresía humana, rastrera y baja, hasta tocar en los límites de lo criminal. Cobijado bajo el manto, impenetrable a las almas cándidas, de una devoción religiosa exagerada, demasiado exagerada para ser verdadera, Tartufo logra apoderarse del espíritu y buena voluntad de Orgón, hombre de bien si los hay, noble, incapaz de suponer en otro cualidad que él no concibe, por cuanto ella tiene de malvada y sombría, hasta el punto de hacerse discernir en herencia la fortuna de aquél, quien, cegado por la pasión, lo hizo voluntariamente, en detrimento de su madre, esposa e hijos; y eso sin contar las múltiples atenciones y favores mil de que disfrutaba desde que fue recogido, en la miseria más espantosa, por el alma generosa a que venimos haciendo alusión.

No resultara tan perfecto el personaje de Molière si sólo las dichas fueran sus claudicaciones; la traición y la ingratitud debían complementarlo, por lo que en modo alguno extraña el que de ellas hiciese uso Tartufo cuando, desenmascarada su hipocresía y descubierta la pasión culpable de su lascivia por Elmira, esposa de su benefactor, intentó hacer uso criminal del documento que ponía en sus manos la fortuna de éste, a más de otro que Orgón, en su ceguedad in-

concebible, había confiado a su enidad y cuyo contenido, de llegar a manos del rey, podía acarrearle la prisión y aun la muerte.

Molière, empero, hizo fracasar de plano las maquinaciones del falso devoto, y no contento con ello, que en verdad no hubiera bastado a completar su personaje, cuya maldad era mucha para que quedase sin castigo, le hace víctima de las mismas armas que esgrimiera contra Orgón, con que termina debidamente, y a satisfacción de todos, la carrera nefanda del impostor.

Tal es, sobre poco, más o menos, el argumento de esta célebre comedia, de la cual nos permitiremos esbozar una ligera apreciación, haciendo levemente hincapié, y como de paso, en algunos de sus personajes, cuya caracterización magistral por parte del autor contribuye en no poco a la formación del conjunto admirable, hoy orgullo del Teatro Francés.

## II

«El Tartufo» es una comedia de carácter, sería entre las más, por cuanto en ella abundan menos que en otras las salidas chispeantes u otros cualesquiera incidentes o recursos cómicos, destinados a provocar la risa en el ánimo de los expectadores; no queremos significar con esto, no, el que producir hilaridad sea ajeno completamente al carácter de la producción, porque ello implicaría el desconocimiento absoluto, por parte del autor, del fin principal de la comedia, es a saber, el de corregir e instruir a

los hombres en forma amena, condición ésta de que en ningún modo hizo caso omiso Molière en la confección de sus obras.

Según nuestro parecer, la escena más interesante del primer acto es la sexta, constituida por un diálogo entre Orgón y Cleante, hermano de Elmira. Es Cleante la personificación del hombre sensato, que mide y considera sus razones antes de emitirlas; descuida las apariencias, hace más, las desecha, como cosa inútil, en sus juicios, por lo que sólo el fondo es su objetivo, cuando de manifestar su opinión es asunto.

En su conversación con Orgón se esfuerza en demostrar lo falso de la devoción de Tartufo, su ostentada virtud y su gran hipocresía, al par que establece la diferencia entre la piedad bien entendida, es decir, la verdaderamente tal, y la ostentada por Tartufo, falsa e interesada.

No menos dignas de ser notadas son las otras escenas del primer acto, por cuanto en ellas aparecen casi ya del todo caracterizados los personajes que luego han de seguir ocupando la atención del público. En efecto, en la primera escena, el genio regañón y adusto de la madre de Orgón, contrasta singularmente con el carácter fogoso y arrollador de Damis y con la dulzura tranquila de Mariana, sus nietos. Dorina, doméstica de esta última, es, para nosotros, el personaje más cómico de la obra en que nos ocupamos; su gracia picante, unida a un buen sentido común, sus vivas respuestas y la franca libertad que se toma de manifestar su opinión cuando

le viene en gana, forman un carácter admirable, creación feliz del genio de Molière. Además, de espíritu algo burlón, Dorina no tiene reparo en burlarse de la necesidad de Orgón cuando le dice, al enterarle de la salud algo quebrantada de su esposa, a lo que él responde con el inevitable «Et Tartuffe?» su pensamiento constante:

Tartuffe! Il se porte á merveille,  
Gros et gras, le teint frais, et la bouche vermeille.

Y más adelante, despechada al ver el poco caso que hacía Orgón de Elmira y el mucho interés que se tomaba por el hipócrita:

Tous deux se portent bien enfin;  
Et je vais á madame annoncer, par avance,  
La part que vous prenez á sa convalescence.

En el segundo acto, la intriga de la comedia principia a desarrollarse. Orgón, cada vez más enamorado de Tartufo, piensa, para vincularle a su familia, casarle con la prometida de Valerio, con Mariana, cuya timidez la impide protestar contra el atentado paterno, trabajo que se toma Dorina, lo que unido a la disputa entre ambos novios, reconciliados luego por la misma, constituyen escenas en extremo cómicas.

Por fin, hacia el acto tercio, aparece el gran Tartufo, cuya sola caracterización es una obra maestra; se presenta, como fuerza era que se presentase: con la mentira en los labios y la doblez en el alma, como cuando exclama, al entrar en escena, dirigiéndose a Dorina:

Couvrez ce sein que je ne saurois voir.  
Par de pareils objets les âmes sont blessées  
Et cela fait venir de coupables pensées.

Rasgo pincelado admirable con que Molière inicia al expectador en la verdadera idiosincrasia de Tartufo, preparándole así para la escena siguiente, en que éste confiesa a Elmira su pasión culpable por ella, conversación que es oída por Damis, oculto en un gabinete contigo.

Las escenas siguientes revelan el poder de un genio: el ímpetu fogoso del hijo que cuenta al padre las asechanzas de que ha sido objeto su honra por parte de un su amigo, la ironía hipócrita de Tartufo, la obstinación de Orgón en creerle incapaz de culpa, en perjuicio de su hijo, a quien expulsa de su seno, todo ello forma, según nuestro opinar, la parte más interesante de la comedia y la mejor apología del autor.

Tocamos ahora el cuarto acto, en que la intriga llega a su apogeo y, en consecuencia, la atención del público. Y el caso no es para menos: Elmira, en virtud de resorte cómico inesperado, logra desenmascarar a Tartufo en presencia de su esposo, oculto bajo una mesa, desde donde había asistido al coloquio habido entre ambos.

Caída ya la venda que sofocaba los buenos sentimientos de Orgón, Molière se vale de lo patético del momento para obsequiarnos con una escena deliciosa, en que el carácter de Tartufo sufre un cambio tan rápido como poco esperado, que contrasta en manera singular con su anterior actuación de hipócrita redomado.

Con el quinto y último acto llega, naturalmente, el castigo del impostor, quien antes trató de vengarse del que le había hecho tanto bien, haciendo uso de cierto documento comprometedor para éste; pero, como era de esperarse, sus designios resultaron fallidos, y de nuevo triunfó la virtud sobre la maldad.

Hay en este acto un personaje digno de ser notado, por cuanto su idiosincracia guarda, por lo hipócrita y falsa, cierta analogía con la de Tartufo: el sargento Loyal, enviado por la autoridad para expropiar a Orgón de lo que era suyo y reducirle a prisión. Su conversación en apariencia mesurada, el aire de marcada afectación que respalda su lenguaje y su exagerada omisión por aquél a que iba a ir a parar de lo suyo, le hacen desde luego desagradable. Esto debe ser, indudablemente, el propósito de Molière al introducir al sargento Loyal en escena, como lo que de plano manifiesta que los Tartufos abundan más de lo que fuera de desear.

Es indudable que Tartufo no es una creación fantástica; el personaje existía, sólo faltaba un genio que lo trasladase a la escena: este genio fue Molière, poeta, autor y cómico a la vez. Como poeta, Molière sabe cautivar los espíritus con lo elegante de su versificación y la facilidad extrema con que sus versos se suceden los unos a los otros.

Y es por esto por lo que Boileau, dando rienda suelta a su admiración, exclama en su epístola al gran cómico:

Enseigne-moi, Molière, ou tu trouves la rime

y más adelante, hacia el fin de la misma:

Tof donc, qui vois les maux ou ma muse s' abúne.  
De grâce, enseigne-moi l'art de trouver la rime:  
Ou, puisque enfin tes soins y seroient superflus.  
Molière, enseigne-moi l'art de ne rimer plus.

La musa de Molière es fecunda, poderosa, vibrante; sus versos recuerdan vagamente la cadencia inimitable de los de Racine, a los que tal vez igualan, ya que no logran aventajarlos. «Atalía» y «Fedra», «El Misántropo» y «El Tartufo», dos tragedias y dos comedias, son, sólo desde el punto de vista de la poesía, cuatro obras inmortales; en ellas hay derroche de armonías; el genio de los poetas se diluye a cada paso a través del sucederse cadencioso de los dísticos sublimes.

Pero concretémonos sólo a Molière y dejemos para otra ocasión el ocuparnos en las trágicas bellezas del teatro raciniano; la comedia es nuestro objetivo de hoy, volvamos, pues, a ella.

Si hay algo que distingue las creaciones de Molière de todas las demás de su género, es, sin duda, la suma facilidad y destreza con que el autor sabe pasar de una escena a otra; los personajes entran en escena y salen de ella, sin que la belleza del conjunto se altere o sufran algo los *resortes cómicos*. En pintar el amor y las escenas de celos, Molière solicitaba el concurso formidable de su genio, del arte y de la poesía.

Terminemos: «El Impostor o El Tartufo», ya queda expresado, es una obra eterna: mientras haya en el mundo sentimientos religiosos, mientras haya en el mundo espíritus crédulos y devotos, es más, mientras exista la humanidad, habrá Tartufos. En cuanto a Molière, sólo añadiremos, repitiendo con Sainte-Beuve: cada hombre que sepa leer será para Molière un lector más.

JORGE A. PRIETO.

Panamá, Noviembre 9 de 1916.

## IDIILIO ETERNO

(Julio Flórez)

Este idilio, hermoso hijo de un alma de poeta, eternamente soñadora, hijo de una rica fantasía, es el canto al amor, es el concepto sugerido por la apariencia bella, de un fenómeno natural.

¿Quién no ha visto en las horas calladas de la tarde, cuando el día agoniza y es amortajado con la

oscura capa de las sombras, nacer en el oriente una luz pálida, una luz enfermiza que rasga la oscuridad, y, después de un momento, asomar la luna, que cual princesa que se levanta asoma su lánguido rostro en los balcones de su alcázar? Este fenómeno, todo lleno de dulces impresiones que

todos hemos visto y sentido, fue el que tan hondamente conmovió el alma sensible y tierna del poeta construyendo en su fantasía una telaraña de sentimientos e impresiones que con mano diestra transportó y engarzó en la trama artificiosa de sus sonoros y cadenciosos versos.

Nos parece exagerada fantasía del poeta, esa descripción, esa interpretación que quiero hacer del amor, en cosas inanimadas como lo son la luna y el mar, pues el amor sólo los es dado como un calmante bálsamo a los seres que sufren. Pero sin embargo, miremos y estudiemos con ojos de poetas y veremos cómo sí hay manifestaciones de ese amor que tan claramente nos pinta Julio Flórez.

¿Quién no ha visto en esas noches azules, cuando la luna lentamente se levanta en el Oriente, después de haber dado su último beso al mar, su eterno amante, ascender orgullosa por los cielos infinitos, luminosos y silentes? ¿Quién no la ha visto como va empalideciendo a medida que sube porque el horrible dolor de los celos la maltrata, pues de la límpida región del éter, divisa a su amante que con sonora cascada de besos saluda a la basáltica roca, contempla también como en bajo cuchicheo, tira su blanca sábana de espumas, a la dormida playa!

Un poeta bohemio al contemplar la luna le diría... Se ve en tu rostro las huellas del desvelo, y la murria que te agobia por los besos al licor; pero así con los vapores inspiradores de los gratos sueños color de rosa yo te saludo compañera.

Un médico poeta en horas a-

vanzadas de la noche le diría... La palidez de tu rostro me espanta; la anemia más grande en tu faz se retrata.

Un cura sentido y madrugador le diría... Es muy temprano hija mía, tu pálida cara me enseña que grandes fatigas tu cuerpo sacuden, no te desvelés tanto, que Dios no agradece los sacrificios que acortan la vida.

Un ladrón empedernido y poeta le diría... ¡Oh! tísica maldita por qué me vigilas; si yo pudiera quitarte la vida, con este puñal te mataría.

Un poeta como Julio Flórez le dice... ¡Oh! niña celosa, por qué empalideces, por qué tan melancólica en el cielo te meces?.....

Por las opiniones de los distintos hombres que aquí he citado podemos ver cómo califica cada uno, la impresión que en su alma ha producido el contemplar la luna en una noche clara (cada uno la mira según los ojos del espíritu y el espíritu es resultado de la adaptación al medio ambiente). Vemos que todos sienten casi la misma impresión, puesto que todos la ven pálida y de aquí que Julio Flórez en su rica fantasía y en su extremado sentimentalismo, atribuya esta palidez a los celos pasión que enferma el organismo.

¿Quién no ha visto también, a la luna, cual remilgada coqueta, que sale al balcón y vuelve a entrar; que cierra la puerta, alza una cortina y saca la cabeza; que se tapa la cara con su blanco pañuelo; que echa una carterita y se esconde, todo esto para llamar la atención de su amante que abajo en la dormida calle y bajo la niebla de la noche, con ojos de fauno

contempla todos los movimientos de aquella sílfide que no puede coger? Así la luna en las noches de Estío, cuando el viento como hábil mágico saca de detrás de las montañas, caprichosos nubarrones, que semejan, ora bandada de blancas garzas que con su doliente vuelo cruzan el espacio, ora bíblico rebaño que lentamente se dirige a su redil pastoreado en aquella llanura azul por alguna hermosa joven israelita, ora semejan vaporesos tules flotantes, que eñen el talle de soñadas princesas; todas estas cosas le sirven a la luna para aparentar lo que comprendió el poeta.

Y cuando la señora de los cielos, despeina cariñosa sus rubias guedejas, cuando su sonrisa suave y dulce en los ámbitos silentes de la noche se oye y cuando inquieta se mira en las pupilas del mar, se le ve avergonzada y con vaporesa nube oculta su rostro de algen, se le ve en medio de gris estigmate, sacar su faz, que nerviosa vuelve a ocultar, se le ve correr apresurada para ocultarse en la gran nube, para salir después más aderezada, mejor peinada y con más perfumes, como lo hacen las niñas acá en la tierra, que quieren llamar más la atención engañando con sus pinturas, olores y cremas a quien las vea, como para conquistar así las miradas de su amante que placentero ríe al verla tan bella.

Y después en las noches de invierno en que el cielo visto de luto, la eterna enamorada, molesta quizá, no se deja ver de su amante, que furioso ruge, la increpa y la desprecia, que airado bofete a las rocas y maldice la yerta y muda playa que no hace caso a sus iras y bramidos.

Todo esto tan largamente escrito, nos lo dice Julio Flórez en las primeras estrofas de su inmortal idilio, con la belleza hecha materia y con la materia transformada en belleza en la fragua misteriosa de su robusto cerebro y vaciada luego en cada uno de sus sentidos versos. Así comienza a describir:

Ruge el mar y se enrespa y agiganta,  
La luna ave de luz prepara el vuelo  
Y en el momento que su faz levanta  
Da un beso al mar y se remonta al cielo.

Y aquel monstruo indomable que respira  
Tempestades, y sube, baja y crece,  
Al sentir aquel ósculo suspira...  
Y en su cárcel de rocas se estremece.

En la III y IV estrofas nos parece ver cómo sufren esos dos seres, al estar tanto tiempo enamorados y no poder unirse nunca, nos parece ver con cuánto amor él le brinda todo lo que posee, mientras ella corresponde con sus besos fríos, con sus miradas tristes, con su amor eterno, ella lo alumbra con la luz enfermiza de sus semnolientas pupilas y él le canta sus amores, le cuenta sus querellas, le salmodia sus quejas, cual sentido enamorado medioeval que todas las noches: ya oscuras ya claras, inunda el silencio con sus bellos cantares acompañados con los sonos dulces, suaves, de alegre guitarra. Y la distancia que todo lo mata, que todo lo ahoga, retiene las notas que suenan a lo lejos como leves rumores de orquesta, como arrullos de débil fontana.

Esto que os digo se olvidará al leer sus dos estrofas tan hermosas, en donde con tanto sentimiento, nos cuenta la historia dolorosa de aquellos desgraciados amantes. Así se lamenta:

Hace siglos de siglos que de lejos  
 Tiemblan de amor en noches estivales  
 Ella le da sus límpidos reflejos,  
 El le ofrece sus perlas y corales.

Ella lo alumbraba con su imagen pura  
 Y el mar la arrulla con su eterno grito.  
 Y le cuenta su afán y su amargura  
 Con una voz que truenaba en lo infinito.

En la V y VI estrofas nos pinta y nos demuestra que la niña pálida de los cielos pensativos y y lejanos, sí siente, sí ama, pues los fenómenos psíquicos, que conmueven a una mujer enamorada, los ve Julio Flórez con sus ojos soñadores y potentes, en el rostro de la luna.

¿No hemos visto nosotros muchas veces empalidecer una tímida princesita del amor, cuando su indiscreto amante la saluda con dulcísimo engarce de suaves y amorosas palabras? ¿No hemos visto cómo enmudecen y se ofuscan las nerviosas virgencitas, morenitas, hijas del sol tropical, al oír tan sólo, la voz tan conocida para ellas de aquel que en las rubias noches del verano acompaña y hace dúo a la fuente cantarina, al viento sollozante y al pájaro agorero para cantar sus tiernos amores a la que adentro en su blando lecho le escucha emocionada?

Esto es lo que ha visto Julio Flórez y tan bellamente canta en estas estrofas:

Ella pálida y triste lo oye y sube  
 Por el espacio en que su luz desploma  
 Y velando la faz tras de la nube  
 Le oculta el duelo que a su rostro asoma.

Comprende que su amor es imposible  
 Que el mar la copia en su convulso seno  
 Y se contempla en el cristal inmovible  
 Del monstruo azul en que retumba el trueno.

En las estrofas que siguen se relata el diálogo doloroso y triste de los dos amantes, son lamentaciones por su amor imposible, son suspiros muy tiernos del al-

ma los que se oyen en ese desgarrador coloquio. Así, en ese mismo caso, el desdichado Otelo, se despide de su adorada Desdémona diciéndole: «¡Déjame ver tu rostro por última vez esposa mía!»

A igual manera los eternos amantes se hablan así:

Y al descender tras de la sierra fría  
 Le grita el mar: en tu fulgor me abraso  
 No descendas tan pronto estrella mía  
 Estrella de mi amor detén el paso.

Un momento mitiga mi amargura  
 Ya que en tu lumbré sideral me bañas  
 No te alejes ¡no ves tu imagen pura  
 Brillar en el azul de mis entrañas?

Y ella exclama en su loco desvarío:  
 Por doquí a la muerte me circunda  
 Detenerme no puedo ni onstruo mío....  
 Compadece tu pobre moribunda.

Mi último beso de pasión te envío  
 Mi casto brillo a tu semblante junto  
 Y en las hondas tinieblas del Vacío  
 Hecha cadáver se desploma al punto.

Entonces el mar de un polo al otro polo  
 Al encrespar sus olas planiaderas  
 Lumenso, triste, desvalido y solo  
 Cubre con sus sollozos las riberas.

¡Cuán trágico y cuán dolorosamente bello es este cuadro que nos esboza este Murillo de la pluma!

Cuadros como éste vemos en todas las manifestaciones del amor donde el Hado despiadado se interpone malévolo, donde todos los infortunios se congregan para profanar el cadáver de la ilusión ya muerta, del amor violado e irrespetado por las burlas de la suerte impía.

En este diálogo tristísimo y desesperante es donde podemos notar algo de extravagante en el poema, pues nos impresiona en demasía oír hablar a la luna y al mar, seres que sabe todo el mundo que accionan pero que jamás podrían hablar. A pesar de que un lenguaje extraño nos dice cuándo está bravo o sereno el mar, sin haberlo visto, sino tan

sólo por la voz ya ronca, ya arrullante de sus oías. Es ineludible que las cosas tienen un lenguaje misterioso que nosotros no comprendemos y sólo está su interpretación al alcance de los clarividentes como Julio Plórez.

Pero si es falta del poeta, perdónádselo, puesto que él es eterno soñador y los sueños, sueños son; si es inverosímil su canto, admirémoslo por su belleza ¿pues no admiramos y cantamos tanto ese cielo azul y nosotros ya sabemos por aquella expresión tan cierta que no es cielo ni es azul?

¿No nos sentimos estremecer ante la grandiosa policromía del arco iris? ¿y dónde están esos colores?

¿La vida toda no es un conjunto de heterogéneos perspectivas, impresiones e ilusiones, que se presentan diferentemente a los ojos de cada individuo? ¿Lo que es agradable a mí no es desagradable a muchos?

Admírenos también que Julio Plórez es poeta, que es hijo del Eco más refinado, que es miembro de las musas de alma grande y tan sensible que a la menor sensación bella, produce suspiros y sentidas quejas, sus versos, que son como dulcísimas y sentimentales notas que producen las cuerdas de un arpa bajo los dedos de un artista; que es enamorado ardiente de los sueños color de rosa, de los desvelos en noches estivales al lado de una hurí que le acaricie, o al pie de una verja fría y sola que vigila por el reposo de la casa en donde duerme su amada; debemos saber que él es turista en los países del Ensueño, del Recuerdo y del Amor, en una

palabra podemos decir más: es Julio Plórez un simpático bohemio.

Un hombre de esta naturaleza cuando ve cosas bajas, cosas tristes, cuando siente los quejidos, los sollozos y suspiros de los hombres infelices que se arrastran y se quejan, cuando sufre los engaños de la dorada ilusión que se esfuma, cuando sufre los desdenes de la trigueña morenita de ojos negros, de cuerpo voluptuoso y ondulante, *presurosamente solicita* por su amigo el Licor. Y en ese estado en que lo pone su amigo, separado del mundo, cuando no siente, patéticos clamores, ni dolor, en donde no oye suspiros desmayados, ni quejidos de aflicción entonces sueña.

Sueña y canta lo que de bello encuentra en el florido jardín de los recuerdos, canta lo dolorosamente placentero que hay en el amor, lo prodigioso y extraño que florece en los errantes países que le muestra su amigo.

Sigue cantando ¡oh poeta! tu lira es aún sonora, en el Parnaso tu puesto de principal está elegido, el Himeto tiene mieles para tí y si alguna vez te critican porque cantas mentiras no pongas atención, que la mentira en tus labios no es mentira, lo inverosímil y atrevido cuando encierra la belleza es admirable, por eso yo te venero grandioso lírico, que has sabido sentir y cantar la belleza desnuda, despojándola de las negras y sucias vestiduras que a veces la envuelven cuando baja a habitar en este mísero pantano.

## LA MUJER PANAMEÑA

¿Qué es la mujer? Esta pregunta, difícil por lo que toca a la definición, deja de serlo para tornarse cuestión incontestable, pues todo hombre, aunque le importe mucho su compañera, tendrá que resignarse a no saber quién es. Tomarla como un ente diabólico, es la filosofía del pesimismo, filosofía tan infundada como vulgar; quererla calificar de paraíso, parece proceder de espíritus optimistas, de corazones caballerescos, de almas satisfechas.

De estas dos opiniones, desgraciadamente comunes al igual, me he de decidir por la segunda no obstante conocer grandes equivocaciones, acaso por lo que tenemos de humano. Pero me afirma en mi sentir, la misión sublime de la mujer y nuestra obligación a idealizarla para no aparecer como «tiranos». Las mujeres son lo que son los hombres: allí donde veáis sibaritas, buscad Mesalinas; donde veáis Catones, buscad Lucrecias. Los devaneos de la mujer están muy lejos de ser una causa, son un efecto. Levantémosle templo a la mujer y tendremos diosas; hagamos del hogar una pocilga y tendremos lodo, lodo asfixiante que mata el cuerpo y el alma. . . . .

Con lo que antecede como broquel, paso a dar cima a esta disertación que, a juzgarla por su autor, le vienen muy a mal esos decires sentenciosos, máximo cuando hablamos de estas pícaras panameñas capaces de burlar al más pintado.

Son estas muchachas, sin desmentir su origen indio y español, morenas las más y entre moreno

y blanco las menos (con perdón). No tienen cabellera característica ni fisonomía con rasgos peculiarísimos, sino que son un tipo intermedio entre la raza caucásica y la americana; color cobrizo, más blanco que amarillo; estatura mediana y airosa; cara por lo común ovalada; de ojos vivos y expresivos y de colores tan varios, que muchas veces veremos en ellos tierras grises, cielos azules, carbunclos indefinibles. Pero lo que no tienen más que las panameñas, es una viveza particular, una chispa capaz de poner en fuga a Fígaro y de dejar sin cañones a Napoleón. Una panameña puede confundirse con el americano de otras naciones, mientras no hable, mientras no se mueva; pero evidenciándose, en lanzando un grito, no hay para qué dudar de su nacionalidad.

Ahora, si estudiamos la vena poética, las predilecciones artísticas de nuestras hermanas, es de notar sus versos profanos de inquietudes y sobresaltos; sus rápidos movimientos si bailan; su voz argentina, sonora y armoniosa si cantan; si rasgan una guitarra, la mano nerviosa y resuelta. Sus monalías tienen un poco de expectación dolorosa y un mucho de malicia ingénita, una que otra vez salen heridas con los «rasgos atormentados de de Rivera», casi nunca con la ternura de Giotto y Rafael.

La panameña es capaz de sacrificar a una idea todo el oro del mundo, el todo es salir airosa. Cuando llega la adolescencia y con ella el amor comprendido, no

hay padre ni madre, ni abuelo ni tío que valgan; todo es nada, porque si hay alguien ávido de lucha, es una panameña satisfecha y orgullosa de tener a quien vencer. Muchas sufren desencantos cuando nadie se opone a su casamiento con determinado mancebo, y no pocas veces, por poesía, -- como se llama la oposición de los padres -- se enamoran de sus donjuanes combatidos. Después de nosotros «el diluvio» -- saben exclamar con mucho denuedo y gallardía.

Los hijos son trofeos entre las istmeñas; los aman «como la loba a sus lobeznos», resueltas a pagar con la vida la de sus hijos. Tienen para sus mimos unas maneras tan atractivas, que no sé cuántas veces me ha dolido dejar de ser niño. En sus casas, donde todo debe revelar quien vive allí, dedúcese el gusto general: por dondequiera hay cintas, flores, polvos y embelecios; de vez en cuando, una mandolina o guitarra que parece llorar la proseripción de la mano; nada reniega de la casta española ni del solar andino. Como saben amar mucho y son accesibles a todos los dolores, con gusto se prestan a servir al prójimo: son caritativas, hacendosas; lloran con lágrimas puras las desdichas ajenas; pueden, con pasmante complacencia, quitarse el vestido para darlo a un hermano que lo necesita más. El honor se sobrepone como valla infranqueable ante el destino; y si algunas veces las vemos flaquear, hemos de dispensar a la mujer tan sujeta a las leyes naturales, sobre todo en estas tierras donde todo es fuego y movimiento. Estas mujeres esposas, si no tienen para con sus maridos el más estre-

cho lazo que une al hombre, el amor, tienen sí la fe religiosa, sus almas resignadas, su virtud. Felices o infelices, ven pasar el cortejo del mundo con impasibilidad; el oro las molesta, pero las seduce muy poco; a su turno, con heroico estoicismo, tocan a su fin, llevando en la frente la epopeya de la dicha o el drama de la vida. Son mujeres, y con todo, no quieren tener sino hijos *hombres*. Muchas veces se oye en boca de una panameña el grito de Córdoba. El hombre ha de ser hombre, si no, es mejor que muera -- dicentodas.

La mujer arribá descrita, inteligente por sobre todo, no sé si tuvo bien con el calificativo resignada; ello es, que a un alma tan noble, posible nos parece acomodarle todas las bondades y abnegaciones; o lo que es lo mismo, crearla vivero de todas las virtudes, o lo que es mejor, quererla la más excelsa.

Pero qué dolor! esta mujer no es la misma en todos los lugares de nuestra Patria; ella cambia a medida que se acerca a los focos civilizados, a medida que va perdiendo el perfume odorante de bosques y prados, cuando deja de oír lo más hermoso en la vida del hombre.

Qué de ver son esas muchachonas inocentes y robustas, esas muchachas del campo capaces de inspirar idilios y églogas. No sé si se parecen a las de los siglos dichosos; tienen sí una carcajada llena de vida, armonía y paz; un cuerpo hercúleo, flexible, exento de cuantos adornos se inventaron para desfigurarlo; una parla graciosa en su sencillez, un alma por todo digna de elogios y adoraciones; tienen un corazón para un solo ídolo: aman como indias!



## NOTAS DIVERSAS

Damos las más expresivas gracias al Cuerpo de Profesores del Instituto que ha sido hasta la fecha poderoso benefactor de nuestra Revista. Esperamos que los señores profesores seguirán dándonos vida y aliento, seguros así de poder coronar debidamente esta nuestra cruzada del esfuerzo.

\* \*

Quimos galantemente invitados por el Sr. Esteban Córdova a la fiesta celebrada en este culto Centro en el Teatro Nacional, el día 10 de los corrientes con motivo de haberse publicado nuestra independencia. La calidad de los trabajos que en esta obra señores profesores Ayala y Geenzier, y el Sr. Ayala, nos habrán reconocido.

Para ir adelante sin eximir nuestra gratitud al Mecenaz panameño, don Guillermo Andreve, pedestal granítico sobre que descansa el esfuerzo de la juventud pensante de la Patria. PRELUDIOS que honra a los que saben interpretar sus ideales, expresa a este su gran benefactor la gratitud sincera y la admiración más entusiasta.

\* \*

El día tres de Noviembre en el Instituto Nacional ante un selecto auditorio, el distinguido au-

tor de la «Vida del General Tomás Herrera», Dr. R. J. Alfaro, pronunció una brillante conferencia patriótica. Nuestros aplausos al profesor de ayer, al juriseconsulto notable y al distinguido hombre público panameño.

\* \*

Pronto verá la luz pública un folleto con los trabajos leídos en la última velada de la «Sociedad Cervantes». PRELUDIOS envía una voz de aliento a sus autores, a la vez que les participa que hará los comentarios que los trabajos publicados le sugieran.

\* \*

Por segunda vez, durante el presente año escolar, el distinguido Director de la Escuela Anexa al Instituto, ha efectuado una fiestecita que resultó en extremo simpática. Nuestras felicitaciones al señor Ayala, y a los maestros que colaboraron en ella.

\* \*

El domingo 5 de los corrientes, nuestros vecinos de Ancón llevaron a cabo un concierto en honor a nuestra fecha clásica. La bandera panameña ocupó puesto preferente, demostrando así la galaería que tan peculiar es en los socios del Y. M. C. A. Un grupo de alumnos del Instituto cantó el Himno Nacional acompañado de algunos alumnos de la Zona.